

GUILLERMO PRIETO

LA PATRIA COMO OFICIO

Una antología general

Selección, cronología y estudio preliminar
Vicente Quirarte

Ensayos críticos
Carlos Monsiváis
Miguel Ángel Castro
Luis Fernando Granados



f,l,m.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ÍNDICE

Estudio preliminar

La patria como oficio / <i>Vicente Quirarte</i>	13
<i>Advertencia editorial</i>	38

El memorioso

<i>Memorias de mis tiempos</i>	43
--------------------------------------	----

El romancero

Musa callejera

¡El autor!	89
A uno de tantos	91
El cura de Jalatlaco	94
Letrilla	97
Boleros	99
¡Que viva la libertad!	102
Noche Buena	104
Convite	107
El túnico y el zagalejo	111
El sombrero jarano	114
Romance. [<i>Albeando está la accesoria...</i>]	116
Romance. [<i>¡Arriba, chicos, arriba!...</i>]	120
Doce de diciembre. Nuestra señora de Guadalupe	124
Placeres campestres. Rodeo	127
Paseo en canoa	129
Costumbres de la frontera norte	134
Romance. [<i>Brame el gallo como el toro...</i>]	143
Romance fino	147

Glorias del barrio	149
Romance. [<i>Sobre arrogante tordillo...</i>]	151
Romance. [<i>“Déme de su trenza un pelo...”</i>]	153
Contesta de Luisa y Tules	155
Romance cristiano	159
Romance de la espera	161
Trifulca (Riña)	163
Pepa y el tuerto	165
Romance. [<i>Es una especie de bolsa...</i>]	167
Romance. [<i>Lado a lado de la fuente...</i>]	172
Romance. [<i>Deja ese tema, mi vida...</i>]	176
Romance de la Migajita	181

El viajero

Viajes de orden suprema

Introducción	189
--------------------	-----

Impresiones de viaje (1862). Traducción libre del diario de un zuavo, encontrado en su mochila, en la acción de Barranca Seca.

.....	238
[I]	238
[II]	240
[III]	242
[IV]	243
[V]	245
[VI]	247
[VII]	249
[VIII]	251
[IX]	253
[X]	255
[XI]	256
[XII]	258
[XIII]	260
[XIV]	262
[XV]	265
[XVI]	266
[XVII]	268
[XVIII]	270

El cronista

Costumbres mexicanas I	275
Paseo de la Viga	284
Ojeada al Centro de México	289
Costumbres III	293
Costumbres IV	297
Un puesto de chía en Semana Santa	306
Costumbres y trajes nacionales	310
Literatura nacional	316
El día de difuntos	322
Faces del centro de México	330

El literato

Dos palabras del autor del <i>Romancero</i>	337
Prólogo a <i>La linterna mágica</i>	347
Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana	351

El orador

El 16 de septiembre (1861)	367
Conmemoración de los Mártires de Tacubaya	378
En honor de Francisco Zarco	382
En nombre de los que acompañaron a Juárez hasta Paso del Norte	394

Las tres guerras de Guillermo Prieto

<i>Lecciones de historia patria</i>	399
Lección octava	399
Lección novena	404
Lección décima	407

<i>Romancero nacional</i>	412
El Peñón (1847)	412
La madre del recluta	419
Romance dedicado a mis discípulos del Colegio Militar	431
Segundo alborotado y trágico romance del mentado padre Jarauta	436
 <i>Mi guerra del 47. Memorias de Zapatilla</i>	 442

Ensayos críticos

La herencia oculta de Guillermo Prieto / <i>Carlos Monsiváis</i>	467
El poeta más querido / <i>Miguel Ángel Castro</i>	491
“Por mi voz habla la voz..”: Notas sobre los artículos de Guillermo Prieto acerca de la ocupación de la ciudad de México en 1847 / <i>Luis Fernando Granados</i>	505
 <i>Cronología</i>	 521
<i>Índice de nombres</i>	531

LA PATRIA COMO OFICIO

VICENTE QUIRARTE

El rey de T'sin mandó decir al príncipe de Ngan-ling: "A cambio de tu tierra quiero darte otra diez veces más grande. Te ruego que accedas a mi demanda". El príncipe contestó: "El rey me hace un gran honor y una oferta ventajosa. Pero he recibido mi tierra de mis antepasados príncipes y desearía conservarla hasta el fin. No puedo consentir en ese cambio."

El rey se enojó mucho, y el príncipe le mandó a T'ang Tsu de embajador. El rey le dijo: "El príncipe no ha querido cambiar su tierra por otra diez veces más grande. Si tu amo conserva su pequeño feudo, cuando yo he destruido a grandes países, es porque hasta ahora lo he considerado un hombre venerable y no me he ocupado de él. Pero si ahora rechaza su propia conveniencia, realmente se burla de mí."

T'ang Tsu respondió: "No es eso. El príncipe quiere conservar la heredad de sus abuelos. Así le ofrecierais un territorio veinte veces, y no diez veces más grande, igualmente se negaría."

El rey se enfureció y dijo a T'ang Tsu: "¿Sabes lo que es la cólera de un rey?" "No", dijo T'ang Tsu. "Son millones de cadáveres y la sangre que corre como un río en mil leguas a la redonda", dijo el rey. T'ang Tsu preguntó entonces: "¿Sabe vuestra majestad lo que es la cólera de un simple particular?" Dijo el rey: "¿La cólera de un particular? Es perder las insignias de su dignidad y marchar descalzo golpeando el suelo con su cabeza." "No", dijo T'ang Tsu, "ésa es la cólera de un hombre mediocre, no la de un hombre de valor. Cuando un hombre de valor se ve obligado a encolerizarse, como cadáveres aquí no hay más que dos, la sangre corre apenas a cinco pasos. Y, sin embargo, China entera se viste de luto. Hoy es ese día."

Y se levantó, desenvainando la espada.

El rey se demudó, saludó humildemente y dijo: "Maestro, vuelve a sentarte. ¿Para qué llegar a esto? He comprendido."

ANÓNIMO

El 7 de junio de 1890, el periódico *El Nacional* publica el artículo "El decano de los periodistas", en el cual da a conocer los resultados del escrutinio realizado

por un comité encargado de elegir a quien por más tiempo había ocupado las páginas de los diarios. Para lectores de varias generaciones, en el aire estaban los nombres de Luis Villard, Juan Pablo de los Ríos, Vicente García Torres, Manuel María de Zamacona, José María Roa Bárcena, José María Iglesias, todos ellos hombres de pluma, así como testigos y actores de la historia de México. Sin embargo, el triunfo correspondió a Guillermo Prieto, que en 1836, es decir, 54 años atrás, había iniciado su fecunda, variada, combativa y alegre cruzada por el liberalismo en las páginas de una veintena de periódicos. En noviembre del mismo año, el diario *La República* abrió otro concurso para determinar quién era el poeta más popular de México. Si bien era notorio el ascenso de Salvador Díaz Mirón como poeta de la nueva escuela, así como el aprecio que la sociedad mexicana, firme en la restauración de su República, sentía por los versos de Juan de Dios Peza, la victoria recayó nuevamente en el veterano liberal Guillermo Prieto, ése que se enorgullecía, desde su más temprana juventud, al descubrirse como una “maquinita de hacer versos diablínos.”

De tal modo, con escasos meses de diferencia, el México finisecular llevó a cabo la ceremonia que Paul Bénichou denominaría la “coronación del escritor.” El hombre de letras sustituía, como figura de autoridad, al guerrero, al sacerdote y al filósofo. La coronación fue simbólica y literal, pues, como escribe Malcolm D. McLean, uno de los pioneros y aún grandes estudiosos de nuestro poeta,

la tarde del domingo 9 de noviembre de 1890, un comité llevó al poeta en tren especial desde Tacubaya hasta el Hotel del Jardín (México). Allí le esperaban tres mesas bien adornadas en el comedor principal. Al lado de cada plato había una elegante tarjeta de estilo japonés, en la cual se leía: “Banquete ofrecido en el Hotel del Jardín por un grupo de periodistas al eminente literato Guillermo Prieto, para entregarle la corona a que se hizo acreedor como el poeta más popular en el certamen abierto por *La República*.”¹

Al banquete habían sido invitados 53 escritores, todos ellos colaboradores en periódicos, que representaban a las viejas y nuevas generaciones. Entre los más destacados estaban Manuel Gutiérrez Nájera, Luis González Obregón, Ireneo Paz, Juan de Dios Peza, Anselmo de la Portilla, Luis G. Urbina, José María Vigil, José María Villasana, todos ellos constructores, mediante la palabra o la imagen, de una idea de México hacia el mundo. El momento culminante del acto

¹ Malcolm D. McLean, *Vida y obra de Guillermo Prieto*, p. 43.

lo constituyó cuando Antonio de la Peña y Reyes, a la sazón el periodista más joven de México, puso en las sienes de Prieto una corona de laurel, labrada en plata. A continuación, el homenajeado fue llevado en hombros hasta la Plaza de Armas. La ciudad de México, esa que Prieto había explorado, analizado, criticado y glorificado a lo largo del siglo, rendía homenaje al romancero, al diputado, al escritor de costumbres, al liberal que en sus distintas faces —en la tribuna, en la plaza pública, en la página impresa del libro o el periódico— había utilizado el verbo como instrumento para ejercer el oficio de la patria. El homenaje tenía lugar, además, en un hito simbólico para Prieto y el liberalismo heroico, radical y jacobino. El Hotel del Jardín, situado entonces en las actuales calles de Madero y Gante, tenía ese nombre porque en su interior se hallaban las huertas antes pertenecientes al poderoso y vasto convento de San Francisco. En 1858, los barreteros al mando de Juan José Baz habían demolido parte del mismo, para abrir la calle de Independencia. Además de sus instrumentos de demolición, llevaban otra herramienta: los versos del poema titulado “Los cangrejos”, donde Prieto satiriza a las clases privilegiadas y al viejo orden.

El homenaje anteriormente descrito es uno de los numerosos ejemplos que ponen en evidencia no sólo la importancia histórica de Guillermo Prieto, sino su arraigo en el imaginario mexicano, su papel como símbolo del liberalismo radical y su transformación en mito político. La hagiografía de nuestros hombres de letras que participaron de manera activa en la construcción de México ha forjado una retórica basada en lugares comunes. La mayoría de esas frases se aplica con justicia a Prieto, gracias a su prodigiosa longevidad y a su activa participación en hitos y actos decisivos de la cultura y la política nacionales. Por regla general, la biografía de un artista comienza alrededor de la segunda década de su vida. Prieto quiso y logró que su niñez también fuera protagonista de la historia. Sus recuerdos de esta etapa en *Memorias de mis tiempos* constituyen un material de primer orden para reconstruir el universo infantil decimonónico cuando el niño, como examina Phillipe Ariès, deja de ser considerado como un pequeño adulto.² El nacimiento del niño Prieto a la razón tiene lugar en el amanecer del México independiente. Nace en el seno de un hogar donde se siente protegido y donde ve plenamente colmadas sus necesidades. Su primera actuación pública, a los seis años de edad, consiste en pronunciar un sermón ante altas personalidades de la sociedad mexicana. Ya septuagenario, vive bajo la relativa protección del presidente Porfirio Díaz, y acepta su papel —más glorioso que económica-

² Véase María Eugenia Negrín, *En el limbo decimonónico*, tesis de doctorado en Letras Mexicanas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

mente rentable— de último ministro de la Reforma y símbolo del liberalismo, ya no como práctica jacobina, sino como mito político unificador, de acuerdo con la idea de Charles H. Hale.

Afirma José Ortiz Monasterio que nuestros hombres del XIX fueron como navajas suizas. Múltiples eran sus habilidades, sus oficios, los modos en que debían valerse de ellos para darle a México el significado que el significante merecía. Todos servían para todo, pero todos servían a la palabra: en ella, con ella. Educados en principios religiosos, transformaron el verbo, con idéntica energía, entrega y misticismo, en instrumento laico de regeneración social. Naturalmente, al igual que sucede con el catálogo de las nobles navajas Victorinox, cada uno de nuestros liberales tiene una virtud o un talento por los cuales los recordamos más. Tan admirable es el genio político de Melchor Ocampo como la firme prudencia de José María Iglesias; el misticismo laico de Santos Degollado como la visión profética de Ponciano Arriaga; el verbo jacobino de Ignacio Manuel Altamirano como su transformación en los ensayos rigurosamente científicos de su maestro Ignacio Ramírez. Aún en nuestros días, el nombre de Francisco Zarco es evocado para rendir homenaje al periodismo. Alrededor de su estatua se lleva a cabo el homenaje anual a quienes hacen de la pluma el instrumento de comunicación diaria, cambiante, apasionada. Nada más justo. Muerto tempranamente en 1869, con tiempo escaso para disfrutar el triunfo de la República por la que tanto hizo, fue otro cruzado de la pluma que contribuyó no sólo a la defensa sino a la construcción de México. Considerado el periodista por antonomasia del liberalismo, y el prodigioso memorialista que redactó la “Crónica del Congreso Constituyente de 1857”, en su juventud se perfilaba como uno de los escritores más notables de su generación. Las crónicas de modas y los cuadros de costumbres —textos en apariencia menores— adquirieron en su pluma una calidad estética insuperable. Antes que Baudelaire, exploró el tema de la soledad del hombre en medio de la multitud. A partir del pretexto de un figurín de modas, obliga a su lector a acompañarlo hasta el último renglón de un texto que es, en realidad, un verdadero ensayo de análisis e introspección. Pero este joven autor, culto, curioso e insaciable, cambia la orientación de su pluma obligado por la gravedad de los acontecimientos que México enfrentaba. Desde el estallido de la Guerra de Reforma en 1857 hasta su prematura muerte en 1869, pone su pluma combativa al servicio de la causa republicana. Exiliado en Estados Unidos, admira y sorprende que en una ciudad tan intensa y viva como Nueva York en 1865, Zarco haya cerrado los ojos al excelente literato que era y se concentrara en su oficio de periodista de combate, mediante artículos que enviaba a periódicos de los estados de la República Mexicana y a varios países hispanoamericanos.